

RELATOS DE FUNDACIÓN

COMUNIDAD DEL CORDERO



Nuestros primeros pasos en Francia...

en España...

en América Latina y en Estados Unidos...

«Desde que están con nosotros, ya no somos unos desgraciados»

Nuestros primeros pasos en Francia: Toulouse, 1986

Uno de los primeros días, mientras nos dirigíamos hacia el obispado, dos de nuestros hermanos más necesitados nos interpelaban en una gran avenida. Enseguida se les sumaron otros dos amigos, y tres más justo después: «Hermanas, ¡estos días estabais con nosotros en el comedor!» Y era verdad, habíamos estado varias veces en el comedor social.

«Pero a ver, ¿vosotras sois pobres?»

-Somos hermanitas mendicantes, sí.

-Mendicantes, mendicantes... o sea, como nosotros, ¿no?... Pero entonces, no sois de Iglesia, no es posible, porque es rica... El papa, el Vaticano...

Y todo lo repasaron, sin dejarse nada.

Entonces, tímidamente, pudimos ir explicando que era precisamente la Iglesia la que nos enviaba hacia ellos para que pudiéramos ser en verdad sus hermanitas. «¡La Iglesia! ... pobres, mendicantes, como nosotros... pues yo eso sí que lo quiero, ¡sí que lo quiero!»

Y mientras nos íbamos al obispado, la alegría de los pobres dando gracias a la Iglesia llenaba nuestro corazón... y en nuestros pasos, iban los pasos de los pobres...

Durante estos días previos a la navidad, todavía no habíamos encontrado alojamiento. Muchas puertas permanecían cerradas: una situación que nos resultaba un tanto ingrata ciertos días. El domingo siguiente, nos reunimos en la iglesia de Ranguel para participar de la eucaristía con nuestros hermanos dominicos de Toulouse. Al cruzar el umbral de la puerta, perdidas en nuestras preocupaciones, hasta nos preguntábamos, por primera vez, creo yo, qué sentido podía tener la vida de mendicidad... Entonces, de repente, una voz fraterna y sonora nos hizo volver atrás: era Pedro, el mendigo. Y como otras tantas personas, ¡no lo habíamos visto!

«¡Lo que hacéis, hermana, está muy bien!», gritaba, «**estabais con nosotros** estos últimos días... ¡Di que sí!, cuando os vi, me dije: ¡Olé!, ¡sí la «creencia» viene a nosotros!, Ah, y lo que comíamos no estaba muy bueno, pero en cuanto os vi, empecé a comer con apetito».

Con voz llena de entusiasmo, Pedro nos conducía de nuevo hacia nuestros hermanos más pobres, hacia ese lugar de alegría, en cuanto estamos juntos, ellos con nosotros y nosotros con ellos en el nombre de Jesús...

Era el momento de familiarizarse poco a poco y mutuamente. Cada día se alegraban más y su alegría nos liberaba de nuestros miedos, de nuestro andar a tientas, del temor. Tanto a unos como a otros, nos costaba creer en la Buena Noticia. Hasta que un día, nos hicieron exultar de alegría, en lo más profundo de nuestro corazón: «¡Hermanas, **desde que están con**



Relatos de fundación

nosotros, ya no somos unos desgraciados!». Lo acabábamos de escuchar: para siempre, estábamos comprometidos por esta promesa mutua de felicidad.

La Iglesia selló esta Promesa:

«Sed testigos entre nosotros de la Sabiduría de Cristo, que es necesidad a los ojos del mundo. Que los más pobres descubran en vosotras un signo de la ternura divina y de la proximidad fraterna de la Iglesia». † Padre A. COLLINI, Arzobispo de Toulouse, 16 sept. 1988

La tarde del 24 de diciembre, nuestros hermanos sin techo acechaban nuestra salida de misa para desearnos una feliz Navidad y ofrecernos el mejor pastel que habían recibido...

Mendigos de la calle, ¿hermanos nuestros? Sin duda, y os aseguro que esa noche de Navidad tenían el porte real de los Magos en Belén, ofreciendo sus presentes al Rey de reyes...

Y cada día, se nos iban abriendo los ojos: «Sois una raza real, una nación santa, un pueblo adquirido para proclamar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable». (1 P 1,9)



«Panes y peces», «Venid y comed»

Nuestros primeros pasos en Francia: Nîmes, 1 de noviembre de 1985

Salimos hacia Nîmes, mochila al hombro, habiendo recibido para dos noches las llaves de una casa de la que ni conocemos a los propietarios y que además, en este momento, están ausentes. La primera mañana nos arrodillamos para rezar antes de partir en plena ciudad en busca de *la oveja más perdida* y del *pan de este día*. No sabiendo ni dónde ir ni cómo hacer, le pedimos al Señor que nos ilumine por su Palabra. Abrimos la Biblia y leemos: «*Nada más saltar a tierra, los discípulos ven preparadas unas brasas y un pez sobre ellas y pan*». Díceles Jesús: «*Traed algunos de los peces que acabáis de pescar*». «*Venid y comed*». (Jn 21, 9... 12).

Y emprendemos el camino.

Pronto nos encontramos en los barrios en vías de demolición. Al mediodía, mientras recorremos las calles susurrando el nombre de Jesús al ritmo de nuestro corazón latiente, un niño interpela a otros diciéndoles varias veces: «¡Venid a comer!». Nada sorprendente, pues son las doce pasadas. Pero la Palabra habitaba nuestro corazón. No podíamos más que dirigirnos hacia... ¡la Palabra!... hacia el niño:

«Lámpara es tu Palabra para mis pasos,
¡luz en mi sendero!» (Sal 118).

«¡Venid a comer!». Nos aproximamos a los niños y, después de familiarizarnos, les preguntamos: «¿Podría darnos vuestra mamá un trozo de pan para nuestro almuerzo?» Un niño se introduce en la casa negra y sórdida hasta que unos segundos después, se asoma a la ventana una mujer argelina. Una gran sonrisa ilumina su cara mientras dice: «Sí, ya vamos». Desde el fondo del pasillo oscuro, llega entonces una muchacha, ofreciéndonos con su mano izquierda **un hermoso pan** para que lo partamos, y, con la mano derecha, un plato con... **cinco pescaditos**. Nuestro corazón cambió de ritmo, todo transcurrió con gestos, y nuestros ojos se llenaron de lágrimas. Pareciera que *unas brasas* iluminaran el oscuro pasillo. «*Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: «¿Quién eres tú?», sabiendo que era el Señor. Viene entonces Jesús, toma el pan y se lo da; y de igual modo el pez*». (Jn 21.12-13)

«Anunciar el Evangelio con una Presencia de fondo,
la de Jesucristo...» (Propósito de vida, C^{dad} del Cordero)
sin duda es esta nuestra llamada.

Hemos de decir «adios», ¡esto parece realmente una liturgia, una verdadera fiesta! Los niños ya no se separan de nosotras hasta el final de la calle, la mamá desde la ventana y la muchacha desde la puerta siguen haciéndonos señales de amistad, como si una gran bendición nos envolviera hasta el final.



Relatos de fundación

Esta es la razón por la que la fraternidad de misión en Nimes recibió el nombre, sin duda *inscrito en los cielos*, de «Fraternidad de Tiberíades», ya que todo esto ocurrió, en la mañana de la Resurrección, a orillas del lago Tiberíades.



«Fraternidad de la Santa Faz»

Nuestros primeros pasos en España: Barcelona, 1986

Es una de nuestras primeras misiones aquí, y nos hemos encontrado con una mujer, sin techo, acurrucada sobre los escalones de una plaza. Intentamos acercarnos. Con una mano, esta mujer se tapa la cara, con la otra, nos hace señas para que nos alejemos.

La toma de contacto es progresiva, dura varios días, y por fin nos permite sentarnos junto a ella, dejando ver su rostro: está hinchado, tumefacto, porque el cáncer ha avanzado. Nuestra amiga revela entonces su nombre: María.

Esperamos volvernos a ver. Pero, veamos, ¿cómo se llama esta pequeña plaza de encuentro? ¡Plaza «Verónica»!

Santa Verónica, tú que enjugaste el rostro de Jesús en el camino de la Cruz, ruega por nosotros, que se nos conceda recibir esta misma gracia y practicarla con nuestros hermanos, *sin rehuir ante nuestra propia carne...*

«Soy negra, pero hermosa» (Ct 1,5).

Tras varias semanas de ausencia durante el verano, María esperaba nuestro retorno. Cuando llegábamos por fin a la plaza *Verónica*, María se levantó, saliendo a nuestro encuentro con los brazos extendidos. Olvidando, empujada por la amistad, la fealdad de su rostro ¡nos saludó con un beso!

Después, a causa de otra enfermedad, María se volvió contagiosa. Ya no podía ser acogida en ningún centro. Solo le quedaba la posibilidad de estar aislada en el hospital, pero allí no quería ir. Así que, evidentemente, compartimos con ella nuestro pan esa Navidad *pues no había lugar en el alojamiento*, tanto hoy como ayer. Tras un período de tiempo bastante largo en nuestra fraternidad, volvió a partir.

Finalmente María se fue hacia el Señor. Murió sola, en un jardín... Pero sabemos que: *«A la hora de la brisa Dios se paseaba por el jardín»* (Gn 3,8), y que por allí mismo andaba la tarde de su agonía, en Getsemaní, y también en la mañana de la resurrección.

Sabemos que se inclinó hacia ella y que ella escuchó cómo la llamaba por su nombre: ¡María! Y que ella lo reconoció:

«*Rabbouni*», que quiere decir «Maestro».

Y la fraternidad de Barcelona recibió este nombre, sin duda *«inscrito en los cielos»*, de «Fraternidad de la Santa Faz».



«Ser mendicantes entre quienes tienen ya tan poco pan»

Nuestros primeros pasos en América Latina: Chile, enero 1989.

Ahí estábamos, dos hermanitas con el obispo de Linares y el párroco, inmersos en una de las *poblaciones*, un verdadero campo de pobres, en una pequeña «barraca-capilla» hecha con viejos tablones mal ensamblados. Le decíamos al Señor: «¿Ser mendicantes entre quienes tienen ya tan poco pan? ¿Cómo vamos a poder, Señor?».

Entonces, como en los “casos de mayor dificultad” o en uno de esos momentos en los que tanto se precisa de la luz del Señor, abrimos la Biblia y nos encontramos con aquél bellissimo pasaje de la *viuda de Sarepta* (1 Reyes 17, 7-16) en el que Elías le pide a la viuda pobre lo que ya no tiene: *Un pedazo de pan en tu mano...* Ella va, a pesar de todo, y cuece el pan con lo que le queda, y la promesa de Dios se realiza:

«La tinaja de harina no se agotará,

la orza de aceite no se vaciará»...

Comprendo así, en mi corazón, que nosotros **debemos seguir siendo mendicantes y que Dios, por su lado, bendecirá al pobre** y multiplicará su pan y su aceite. Al día siguiente, volvemos a la *población* para mendigar por primera vez nuestra comida en este país. Le pedimos, en la esquina de una callejuela, a una abuela muy anciana que nos respnde: «¿Cómo voy a dar a quien pasa si ni siquiera tengo lo necesario para todos estos niños?» Al tiempo que señala a cinco pequeños que están por allí. Entonces trabamos amistad, hablamos de los niños, de su propia situación, y nos despedimos con el gozo, tanto ella como nosotras, de habernos conocido. Se llama Laurentina. De repente nos llama un hombre, lo que hace que tengamos que volver a pasar por delante de la casa que acabamos de dejar.

¡De suerte!

Porque nuestra abuelita se disponía a correr para buscarnos. Nos estaba llamando: «¡Hermanitas ! ¡Hermanitas!».

Nos ofrecía un pan redondo, caliente, cocido bajo la ceniza.

En estos mismos términos nos describe la Escritura el pan que Elías recibió de la pequeña viuda de Sarepta. Sí, se llama Laurentina la viuda de Sarepta.

Esta pequeña viuda nos remite a la del Evangelio que dio *todo lo que era... su vida*.



Relatos de fundación

Este es el fondo de nuestro propósito de vida: las «indigencias» que Domingo, nuestro padre, comparte con nosotros durante esta vida entregada en «la abyección de la pobreza voluntaria¹» para el anuncio del Evangelio.

¹ Cf. Textos primitivos: Bula pontificia de Honorio III a los hermanos de la Orden de Predicadores, 12 de diciembre de 1219.



«Padre, ¡ilumíneme!»

Nuestros primeros pasos en Estados Unidos: Kansas City, Junio 2008

Hace diez días que llegamos a Kansas City, Kansas, el calor es sofocante en estos inicios de Junio, y hemos trabajado durante todo el día limpiando la casa en la que empezaremos a vivir dentro de unos días. Cae la tarde y nos alegramos de poder ir por fin a descansar.

Pero en la puerta de entrada, un hombre pobre nos espera decidido, se llama Teodoro ¡no nos dejará así como así!

Nuestra casa está en pleno barrio mejicano, con un 98% de mejicanos «¡exiliados!». «Lo he perdido todo», exclamará Teodoro, «mi mujer, mis hijos, ¡por mi culpa! Quiero cambiar de vida, pero no sé cómo hacerlo! He venido a veros, no para que me deis dinero, ni tampoco para comer, ¡sino para que me deis un consejo!» Y dirigiéndose hacia nuestro hermano Jean-Claude en quien reconoce a un padre, le suplica:

«¡Padre, deme un consejo!,

¡Padre, deme una Palabra!

¡Padre, ilumíneme!»

Y empieza de nuevo su estribillo: «¡Lo he perdido todo! y además... mi padre murió, él me ayudaba, me aconsejaba...» Entonces se intensifica su súplica: «¡Padre, ilumíneme!» y añade interiorizando: «Lo he perdido todo», y mostrándonos su muñeca nos confiesa: «hace algunos días intenté cortarme las venas, ¡lo he perdido todo!»

Una hermanita toma entonces la mano de Teodoro, tiene las manos completamente negras porque ha pasado cinco noches fuera. La hermanita le dice: «Teodoro, lo has perdido todo, pero te queda tu corazón, tu corazón para amar, para consolar a los demás, ¡para dar la vida!»

Estas palabras todavía no han calado hondo en él. Teodoro prosigue volviéndose «hacia el padre»: «¡Lo he perdido todo!, ¡Padre, ilumíneme! ¡Deme una palabra!». A lo que responde el padre: «Lo que te ha dicho la hermanita es importante: ¡Te queda tu corazón! Entonces Teodoro repite: «Sí, me queda el corazón».

Tras cinco noches fuera, Teodoro, pasito a pasito, regresa con su familia a la que hemos ido a visitar para facilitar su retorno. Implora el perdón de los suyos, que ya no pueden soportar los estragos del alcohol y se presenta de nuevo al día siguiente, bien aseado, para ayudarnos a limpiar la casa en la que vamos a vivir... Con él habremos de recorrer el largo camino del hombre que cae y se levanta, el camino de todo hombre que en esta tierra está tan solo para regresar a su corazón. Jesús, de camino hacia el Gólgota, nos ha indicado el camino



de este hombre que regresa hacia el Padre, que cae y se levanta, cae de nuevo y se levanta todavía, para alzarse por fin y nacer a esta Vida que ha vencido a la muerte.

Atravesamos el Océano, y allí nos esperaba Teodoro, lo reconocimos, se parece tanto a todos esos pobres encontrados a lo largo de los años en diversidad de países, a quienes hemos querido recordar en estos relatos. Sí, por todas partes, los pobres tienen un mismo rostro, la miseria labra sus rasgos y los esculpe a imagen y semejanza del Siervo Doliente, de Jesucristo, pobre y crucificado, Él, ¡El Hijo de Dios! Dios cumple en cada uno su designio eterno de Amor:

¡El hombre a su imagen!

Sí, los pobres tienen, sin duda alguna, el mismo rostro que Jesús, contemplado a lo largo de días y noches. También ellos nos revelan a Aquél a quien les anunciamos, a través de una relación “desde el corazón” de pobres y mendigos que somos ambos; juntos proclamamos ante todos nuestros hermanos y hermanas en humanidad: «¡He aquí el Cordero de Dios!» Él es quien HOY enjuga toda lágrima de nuestros ojos. Él es quien quita el pecado del mundo, todo el mal del mundo.

Como peregrinos, orantes y mendicantes, debemos responder al grito de los pobres, al grito del hombre, a nuestro grito:

- «¡Padre, necesito un consejo!»

Los pobres tienen derecho a esta sabiduría que hace que el mismo Jesús se estremezca de gozo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a sabios e inelicientes y se las has revelado a pequeños». (Mt 11, 25)

- «¡Padre, deme una Palabra!»

Tienen derecho a la Palabra de Dios, el verdadero pan de Vida. ¿Quién se la dará si no evangelizamos?

- «Padre, ilumíneme»

Tienen derecho a esta Luz, «la luz de los hombres» nos dirá san Juan (Jn 1, 4), es decir, la Vida del mismo Dios que nos engendra a la Vida y... y cuando lo hemos perdido todo nos queda nuestro corazón, el corazón de Dios que late en nuestro corazón, lleno de este Amor que triunfa sobre todo mal y sobre la misma muerte, lleno de esta Luz que las tinieblas no pueden vencer.

Mientras concluyo estas líneas, escucho a los hermanitos y hermanitas ensayar en inglés americano el canto de los primeros mártires y testigos de la fe:

«Oh, Luz gozosa, de la Santa Gloria del Padre,

Inmortal, Celeste, Santo y Feliz, oh, Jesucristo...»



Relatos de fundación

Radiantes, con esta misma luz, mendicantes de la Trinidad santa y misioneros de la santa Faz de Jesús, caminemos, caminemos, ¡caminemos sin cesar! Sigamos la Palabra de Jesús y recorramos el mundo entero para proclamar el Evangelio a toda la Creación, esta Buena Noticia que es consuelo del Espíritu para todo hombre.

Sí, he aquí el Cordero de Dios, Él enjuga hoy toda lágrima de nuestros ojos y da su Paz al mundo, a todos los hombres de buena voluntad.

La pequeña fraternidad de Kansas City, Kansas, recibe, como respuesta a la oración de Teodoro, el nombre de «*Lumen Christi*». Celebraremos su festividad la noche de pascua.

